

DE BUENAS LETRAS

De nuevo, una obra menor

MIGUEL ARNAS CORONADO De la Academia de Buenas Letras de Granada

¿Cómo!, ¿no has leído ese libro?», suele sorprenderse el muy versado, principalmente si se trata de literatura clásica española, de las carencias del interlocutor. Quizá, hasta desdeñe, un tanto olímpico. Pero el placer del asombro no se lo lleva el docto, sino el hasta ahora ignorante. Es obra menor esta 'La isla sin aurora', de Azorin. Y, no obstante, el gusto del novato con el cual la lee carece de parangón.

Un sueño, una escapada onírica es el tema. Tres personajes: un poeta, un novelista y un dramaturgo, españoles, por supuesto, se embarcan, o lo pretenden, en una navegación irreal a una isla sin aurora. Encuentran allí a Edipo, a Fausto, a un hada, una ondina y una sirena, más, por supuesto, un fauno; y a un anciano que robó la aurora

para traficar con ella para los europeos, posible explicación inexplicable.

Las obsesiones del 98 están aquí: la desilusión, la misantropía, la duda sobre el progreso. No así el problema de España. ¿Cómo pudo este hombre ser tan vanguardista en algunas cosas? Hay conflicto entre autor y personajes, hay juego con la filosofía popular, sin mayores afanes, pues no era hombre de ínfulas. El aburrimiento rural aparece entre estos hombres recluidos voluntariamente en su sueño, el sinsentido, su pizca de misoginia, aunque con la amabilidad propia de la época (no siempre existieron los estudios de género; incluso, increíble, hubo un tiempo en que vivíamos en cuevas). También la necesidad de lo exótico, lo insólito, como esos paseos que el poeta se da, en el viaje inexistente, por las callejas ple-

tóricas de cacharros y olores de ciudades orientales. Pero hay algo en lo que Azorin insiste, si bien con su típica displicencia: la limitación, la de uno mismo y la de la propia obra. Se trata, por tanto, de una novela, si lo es, de pensamiento, acaso descafeinado, no trascendental, pero pensamiento al cabo, elucubradora de esos límites que, no solo nos imponemos nosotros mismos, sino que también vienen de fuera y son inevitables. La dedicatoria es a Gerardo Diego, poeta del ensueño, y ensueño es, como quería Unamuno, de quien puedo afirmar que fue una lástima no le alcanzase la vida para leerla, porque, sin duda, le habría gustado, y mucho. Consultado un amigo, en efecto, es obra rara, casi desconocida. Consultado 'Internet', pozo de ciencia, fue escrita en 1944, ya acabada la Guerra Incivil.